

sidad de Alcalá, en la primera mitad del siglo XVI, y de la crisis luterana.

José C. MARTÍN DE LA HOZ

AA. VV., *La correspondance d'Erasmus et l'épistolographie humaniste*. Colloque international tenu en novembre 1983, Bruxelles, Editions de l'Université de Bruxelles («Travaux de l'Institut Interuniversitaire pour l'étude de la Renaissance et de l'Humanisme», VIII), 1985, 237 pp., 16 x 24.

El Instituto para el estudio del Renacimiento y del Humanismo se fundó en la Universidad libre de Bruselas en 1960. Nueve años más tarde se convirtió en interuniversitario. Periódicamente organiza coloquios. Los cuatro primeros centraron su atención en las utopías, el sol, el individuo y la sociedad, el universo, locura y desatino en el Renacimiento. Los dos siguientes estudiaron las figuras de Tomás Moro y Camoens. El tema del último giró en torno a la correspondencia de Erasmo y la epistolografía humanista. Además del discurso de apertura, se leyeron en él catorce trabajos, todos ellos bien elaborados, aunque, a nivel internacional, de un interés desigual.

El primero, y no el menos interesante, debido a León-E. Halkin, uno de los mejores conocedores de Erasmo, versó sobre la personalidad de Percy Stafford Allen (1869-1933), editor de la correspondencia erasmiana. Su *Opus epistolarum Desiderii Erasmi Roterodami*, en once volúmenes, constituye «el más bello monumento de la Filología en la primera mitad del siglo XX», según Marie Delcourt (p. 13). Desde 1901 hasta su muerte en 1933. Allen se consagró a la búsqueda y edición crítica de todas las cartas de Erasmo, con notas eruditas en inglés.

La empresa era ardua. Erasmo escribió mucho, a veces veinte cartas por día. Si él no hubiera quemado muchas de ellas, se habrían conservado cerca de seis mil. El propio Erasmo llegó a publicar 1200 cartas, sin orden lógico ni cronológico, con frecuencia sin fecha, en distintas etapas, pero con un designio único: dejar de sí la imagen de un campeón de las Bellas Letras y de un restaurador de la Teología. Jean Leclerc (Clericus), en 1703, añadió 600 cartas. Allen, más diligente y afortunado, encontró otras 1300 cartas nuevas. En total, los once volúmenes de Allen contienen más de 3000 cartas. Entre ellas se pueden leer algunas que Erasmo había omitido o retirado. Posteriormente sólo se han encontrado migajas: unas 20 cartas, la mitad de ellas dispersas en otras obras del propio Erasmo, ya publicadas.

El tomo I salió en 1906; el II, en 1910; el III, en 1913; el IV, a causa de la primera guerra mundial, se retrasó hasta 1922. Allen murió el 16 junio 1933 sin ver el tomo VIII, cuyas pruebas había corregido. Dejaba material para tres volúmenes, que su viuda Elena

María Allen y su colaborador H. W. Garrod se cuidaron de ultimar sin alterar el método seguido por el iniciador de la monumental obra. El tomo XII, con los Indices, fue confeccionado por Bárbara Flower y Elisabeth Rosenbaum. Son útiles, pero incompletos.

«La correspondencia así reconstituída es la obra erasmiana más considerable y la que suministra el retrato más revelador de Erasmo. Este a veces se quita la máscara y se entrega tal cual es y no tal como querría ser conocido» (p. 19).

Henri Gibaud, maestro de conferencias de la Universidad Católica del Oeste, Angers, describe *Les tribulations d'Erasmus de Bâle à Louvain, 4-21 septembre 1518* (p. 25-36), a base de una carta de Erasmo a Beatus Rhenanus, amigo y colaborador de Erasmo, excelente corrector de pruebas de textos griegos, presente en la cabecera de Erasmo para recoger sus *novissima verba*. La carta en cuestión, destinada a ser leída a otros amigos de Erasmo, es «un modelo de relato de viaje». En ella Erasmo muestra su maravilloso talento de narrador. Por eso es muy valiosa.

Pero llegó un momento en que cualquier escrito autógrafo de Erasmo se convirtió en una reliquia. Pronto surgieron «cazadores de autógrafos» que, a imitación de los cazadores medievales de reliquias, se hacían con ellos por procedimientos no siempre honestos. El sepulcro de Erasmo en la catedral de Basilea llegó a ser un centro de peregrinación para los humanistas. Para ellos la copia de su epitafio o su retrato grabado en cobre venían a ser como una reliquia. Estudiantes de toda Europa volaban a Basilea esperando un socorro de la fundación hecha por Erasmo en su testamento. El que disponía de buenas recomendaciones, podía contemplar, en casa del tipógrafo Amerbach, el retrato de Erasmo por Holbein o su testamento autógrafo y, en casos excepcionales, incluso podía conseguir una reliquia suya, es decir, un autógrafo.

Así le sucedió a Buenaventura de Smet, Vulcanius, quien proyectó una nueva edición de las cartas de Erasmo, más completa que la de 1538; pero fracasó por falta de editor y quizá también, de material. En 1575 editó las obras de San Isidoro de Sevilla. Había estado en España los años 1559 a 1570 a servicio del cardenal Mendoza en calidad de secretario. Hubo otros afortunados que por herencia, sustracción, *inventio* o *translatio* llegaron a poseer autógrafos erasmianos. Beat R. Jenny, de la Biblioteca Pública de la Universidad de Basilea, les ha seguido la pista en su trabajo *Manus Erasmi. Die autographen Briefe des Erasmus in der Schweiz: Beiträge zu einer Geschichte ihrer Ueberlieferung* (p. 37-53).

El Nuevo Testamento fue el campo más trabajado por Erasmo. Sin embargo, no ocupa un gran lugar en su correspondencia. Al contrario, Erasmo se muestra sobrio en citas bíblicas, como lo prueba Germain Marc'Hadour, profesor de la Universidad Católica del Oeste, Angers, en su estudio *Le Nouveau Testament dans la correspondance d'Erasmus* (p. 67-83), tras un análisis minucioso de los tres primeros tomos y de la última de sus cartas. Lo mismo sucede con sus amigos,

especialmente con Tomás Moro y Juan Fisher. Esta sobriedad procede de un respeto a la Palabra de Dios, que a menudo faltó a las generaciones anteriores.

«En el comercio epistolar de Erasmo y de sus corresponsales, los ecos de la Vulgata latina nos llegan a menudo orquestados por la Liturgia romana» (p. 68). «La Liturgia latina, mucho más que la Biblia, era la proveedora de un fondo común de expresión a toda la Cristiandad medieval». Erasmo tomó del calendario de la Iglesia numerosas dataciones de sus cartas: *Pridie Bartholomaei*, etc. (p. 70).

Erasmo repitió muchas veces que, al publicar una nueva traducción, no pretendía destronar la Vulgata en el uso oficial de la Iglesia, sino sólo crear una alternativa para el lector estudioso. La realeza de la Vulgata se perpetuó hasta el año 1945, fecha en que las lenguas vernáculas entraron con fuerza en los seminarios y escolasticados.

Por su mesura en el uso de la Sagrada Escritura, Erasmo, en opinión de Marc'Hadour, fue el maestro de escribir de su siglo, el clásico por excelencia.

Ningún género literario fue tan cultivado por los humanistas del siglo XV como las cartas, puestas de moda por Petrarca según el modelo de Cicerón. Ellos introdujeron dos novedades en el género epistolar: la epístola dedicatoria y la invectiva. A falta de otros medios de información, los humanistas confiaban las noticias de actualidad a las cartas, que así reemplazaban a nuestros periódicos. Hubo otro tipo de cartas, que se pueden considerar como precursoras de nuestros artículos de revista cultural. A ellas dedica su atención Vito R. Giustiniani, profesor de la Universidad de Friburgo de Brisgovia, *La communication erudite: Les lettres des humanistes et l'article moderne de revue* (p. 109-133).

«Los humanistas se interrogaban mutuamente sobre las cuestiones que encontraban cada día en su trabajo erudito o en su enseñanza: cuestiones de etimología, de ortografía, de interpretación de textos, de explicación de ideas; ellos discutían sus opiniones y confiaban a las cartas las soluciones que encontraban día a día. Se prestaban sus manuscritos de autores clásicos, reclamaban la devolución, se informaban sobre la existencia y la reproducción de textos y sobre el trabajo de los primeros impresores» (p. 110-111).

El autor se ciñe a dos discusiones epistolares: La primera se refiere a la evolución del latín y al nacimiento de las lenguas romances; la segunda, a la cualidad del estilo latino a emplear sobre todo en prosa, es decir, a la adaptación de una lengua muerta a las necesidades del espíritu moderno. «Eran dos cuestiones nuevas, sin precedentes en la Antigüedad o en la Edad Media. Ellas surtieron dos efectos diferentes. Los resultados de la primera se han convertido en su conjunto en patrimonio indiscutido de la cultura moderna; la otra no desembocó en ningún resultado reconocido y aceptado, ni entonces ni más tarde» (111).

Pero cuando el autor afirma rotundamente, que el mayor mérito de los humanistas consiste en haber introducido en el pensamiento occidental la categoría mental de la evolución, no podemos menos de recordar que tal categoría se encuentra claramente en San Vicente de Lerins.

En la Edad Media y aun en el siglo XV se estaba convencido de manera generalizada de que en la Roma antigua, al igual que en el siglo XV, se empleaba el italiano en la vida corriente y se reservaba el latín para la erudición y la doctrina. Se creía, por ejemplo, que Cicerón hablaba en italiano con su portero y en latín en el foro y en los círculos eruditos. De esta opinión eran, entre otros, Dante y, un siglo más tarde, Leonardo Bruni. Pero ya en tiempo de este último alguien comenzó a pensar de otra manera. Flavio Biondo, en 1453, en una carta a Bruni sostiene que en tiempo de los clásicos latinos el bilingüismo medieval no existía, que había un solo medio de expresión para todos y que ese medio era el latín. La tesis de Biondo causó emoción en el mundo de los letrados. La polémica epistolar se arrastró hasta el año 1473, fecha de una carta de Filelfo a Lorenzo de Médicis, que resume todos los argumentos alegados y cierra la polémica, en la que habían tomado posiciones León Bautista Alberti, Guarino Veronese, Poggio Bracciolini y otros. «No es exagerado decir, que las cartas humanistas son un testimonio inigualable del paso de la Edad Media a la época moderna en la manera de concebir el saber y de utilizar los datos disponibles» (p. 120). En Apéndice se reproduce la extensa carta de Francisco Filelfo a Lorenzo de Médicis (p. 121-133).

Los restantes trabajos son de un interés menos general. Bastará una simple mención de los mismos. P. G. Bietenholz, *Erasmus' correspondents in Lübeck and Montpellier: some new identifications* (p. 55-65); A. Godin, *Amitiés érasmienne et correspondances humanistes à Saint-Omer (1500-1540)* (p. 85-96); Chris L. Heesakkers, *The cataloguing of scholarly correspondence held in Ducht libraries* (p. 97-107); H. Harth, *L'épistolographie humaniste entre professionalisme et souci littéraire: l'exemple de Poggio Bracciolini* (p. 135-144); J.-Cl. Margolin, *Un échange de correspondance humaniste à veille de la Réforme: Henri Clareaan-Oswald Myconius (1517-1524)* (p. 145-181); J. Ijsewijn, *Marcus Antonius Muretus epistolographus* (p. 183-191); A. Gerlo, *The unpublished correspondence between Marnix of Saint Aldegonde and Bonaventura Vulcanius* (p. 193-203); H. Plard, *La correspondance de Marcus Zuerius Boxhornius* (p. 206-218); D. F. S. Thomson, *The letters of Julius Pflug in relation to those of Erasmus: A stylistic and cultural comparison* (p. 219-230). Un Índice de nombres de persona y lugar completa la obra.